

ro diácono, de un humilde párroco, ¿qué será siendo vos el héroe, Señor Ilustrísimo, vos, que durante tantos años no sólo habeis sido *magna pars* en los acontecimientos que han señalado esta época memorable para la Iglesia y el Estado, sino que habeis sido y sois el centro á donde se dirigen todas las miradas, habeis personificado, y personificais aún la Iglesia toda de la Nacion Mexicana?

Con razon de todas partes hemos venido á felicitaros, y á rendiros el homenaje de admiracion y gratitud, que todos sin excepcion os debemos, y antes que ninguno, vuestro siervo y hermano. ¿Recordais el pequeño oratorio de Roma, en que, hace 27 años, el dia caluroso en que la Iglesia celebra el martirio del protodiácono San Lorenzo, me conferisteis el orden del diaconado? Hoy vengo á restituiros la potestad de predicar que entonces me disteis. Vengo, quizás ántes de enmudecer para siempre, á entonar en vuestro honor el canto del cisne. Bien lo notais, señores: ya no vibra sonora, como antes, la voz cuyo timbre hace once y hace veinticinco años con tanta benevolencia escuchabais, y muchos indicios me anuncian que pronto vá á espirar mi mision en el púlpito. Ya desaparecieron los cabellos que aún sombreaban mi rostro cuando en torno mío os apiñabais; y hoy comparezco delante de vosotros agobiado con el peso de casi cuatro lustros de azaroso episcopado. Y soy un niño en comparacion del Prelado que contemplais robusto y vigoroso, y que puede decir, como Caleb á los 85 años exclamaba: mi salud es tan buena como hace medio siglo, y la robustez de los dias de mi juventud aún se conserva, sea que se trate de largas marchas, sea que se hable de combatir: *illius in me temporis fortitudo usque hodie perseverat, tam ad bellandum quam ad gradiendum.* (Jos. XIV. 11.)

¡Venerables Hermanos en el Episcopado! Me regocijo de veros reunidos en derredor del que es Metropolitano de muchos, Padre de no pocos, Hermano de todos. Jamás en la América española se había visto reunido un número mayor

de Prelados, ni en los Concilios Mexicanos, ni en los de Lima, ni en los recientes de Quito y Bogotá. Muchos de vosotros recibisteis la consagracion episcopal de manos del que hoy venís á felicitar, y le deseasteis larga, muy larga, larguísima vida, repitiendo por tres veces la frase litúrgica *ad multos annos*. Repetidla conmigo ahora, que más que nunca veis la necesidad de que siga por muchos años presidiéndonos, escudándonos, dirigiéndonos.

¡Pueblo Santo de Dios! ¡Con qué placer giro en derredor los ojos, y contemplo extasiado el arranque de gratitud que os ha traído á las plantas del gran Metropolitano! Aquí estais reunidos en gran número, piadosos habitantes de la Capital y de la Arquidiócesi, que sois testigos inmediatos de sus virtudes y sus sufrimientos. Aquí estais habitantes de Zamora, que os gloriáis de haber nacido su cuna y de deberle el engrandecimiento de vuestra nativa ciudad. Aquí os contemplo, fieles de Puebla, ufanos de haber sido sus primeros hijos. Aquí miro representantes de Sonora y de Chiapas, de Yucatan y Nuevo Leon, del Norte y del Sur, del Este y del Oeste de nuestra República. Aquí veo á los Enviados de las naciones extranjeras, á quienes debidamente agradecemos esta muestra de deferencia y de respeto al insigne Pastor. Aquí descubro aún á muchos que no pueden llamarse por cierto ovejas de este retil, y vienen sin embargo á rendir homenaje á la virtud, al talento, á la bondad del gran sacerdote.

¡Oh Cristo, Príncipe de los Pastores: escucha benigno la súplica que, á semejanza del pueblo de Hipona, te dirige de nuevo por mis labios este inmenso concurso. Prolonga la vida tan necesaria del buen Padre y Pastor; concédenos que podamos otra vez reunirnos dentro de diez años á celebrar su jubileo episcopal: *exaudi Christe, Pelagio vita.*

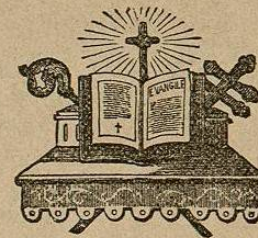
#### DEFUNCION.

El dia 20 de Diciembre próximo pasado falleció en Lagos el Sr. Pbro. D. Anastacio Limon, sacristan Mayor de Arandas.

R. I. P.

# COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, ENERO 22 DE 1890.

NUM. 26.

## SECCION I.

Sagrada Congregacion de Indulgencias.

### DECRETUM

URBIS ET ORBIS.

Sanctissimus Dominus Noster Leo Papa XIII summopere exoptans, ut erga Sanctissimum Patriarcham Joseph B. Mariae Virginis sponsum cultus impensius foveatur, Ejusque praesentissimum patrocinium efflagitetur, his praesertim rerum publicarum adjunctis, quibus ob succrescentem in dies inimicorum audaciam Jesu Christi Ecclesia acrius oppugnatur, per Literas Encyclicas datas sub die 15 Augusti 1889 Marialibus precibus Sanctissimi Rosarii, quas mense integro Octobri Ipsemet Sanctissimus recitandas alias decrevit, superaddendam indixit Orationem ad Sanctum Josephum quam praefatis Literis adnexuit. Eadem porro Sanctitas Sua quae singulis Christifidelibus eandem Orationem publicae Rosarii recitationi per mensem Octobrem addentibus Indulgentiam septem annorum totidemque quadragenarum singulis vicibus acquirendam jam attribuit, in Audientia habita die 21 Septembris 1889 ab infrascripto Secretario S. Congregationis Indulgentiarum sacrisque Reliquis praepositae *motu proprio* eidem Orationi aliam Indulgentiam, defunctis quoque applicabilem, adjuicere dignata est *dierum ter-*

*centorum* semel in die quovis anni tempore lucranda ab universis Christifidelibus, qui corde saltem contriti ac devote supramemoratam Orationem etiam privatim recitaverint. Praesenti *in perpetuum* valituro absque ulla Brevis expeditione. Contrariis quibuscumque non obstantibus.

Datum Romae ex Secretaria ejusdem S. Congregationis die 21 Septembris 1889.

Pro Emo ac Rmo Dmo C. Cardinale

CRISTOFORI, Praefecto.

ALOISIUS Card. Episcopus SABINENSIS,  
ALEXANDER Episcopus OENSIS, Secretarius.

## SECCION III.—Variedades.

### DISCURSO

LEIDO

Por el Señor Lic. D. José de Jesus Cuevas,

En la velada literaria que tuvo lugar por las bodas de oro del Illmo. Sr. Labastida.

Si es grato en el siempre dulce y amoroso hogar, regocijarse en el aniversario del natalicio de un padre querido y respetado, gratísimo es tambien en el amplio seno de la familia cristiana, cuyos vínculos no han brotado de la carne ni la sangre, sino del espíritu, celebrar con santo júbilo el tierno recuerdo del dia en que naciera á la inmortalidad del sacerdocio, un Pastor

tan amante como amado, á quien el Cielo colma de dias para el alivio y consuelo de su grey!

Es claro para la fé, que es la iluminacion del entendimiento, y natural y sencillo para la caridad, que es la sabiduría del amor; pero para la sola razon humana es tan sorprendente como absurdo, el grandioso conmovedor espectáculo que estamos presenciando. Un pueblo triste como el desengaño y abatido como la desgracia, una nacion á la que no despierta de su sueño ni las angustias del presente ni los temores del porvenir, sacude de repente su letargo para entonar unísona un himno gigantesco de amor, para felicitarse á sí misma por la salud y la longevidad de un solo hombre, de quien en el órden meramente terrestre nada tiene que esperar ni que temer: éste es el singular y anómalo suceso que ante nosotros se está verificando.

Que la vanidad de las letras sábias segun el mundo, que el oro único móvil de los corazones corrompidos, y el miedo, solo resorte de las almas degradadas, hagan que los hombres queden deslumbrados por el brillo de la falsa ciencia, se inclinen ante la riqueza y se postren á las plantas del poder, esa ha sido la triste historia de los mortales desde que el primer hombre prevaricó, ese el acervo de miserias humanas amontonado por los siglos. Pero que á un hombre anciano é inermé, á quien no preceden los lictores y siguen los verdugos del poder, ni circuye el pavoroso brillo de las armas; que no puede derramar tesoros de riqueza para comprar con ellas muchos esclavos voluntarios, y envilecer de raíz muchos corazones: que á un hombre á quien todos los perversos odian y ultrajan, y todos los sabios del siglo llaman ignorante, una nacion entera abandonando sus faenas, se agrupe en torno suyo, y respetuosa, venga de todos los vientos para decirle que lo obedece y lo ama, ese sí es un fenómeno tan portentoso que sólo puede explicarse como una prolongacion mística de las tiernas, y

á la par tremendas escenas de Belem y del Calvario, como una continuacion viviente de lo que el abate Gaume en la energía antitética de su lenguaje, llama el sublime desatino de los siglos, el mundo todo de rodillas á los piés del Crucificado.

Lo que humanamente no es explicable, la fé con una sola palabra lo explica todo: es digno de ese amor y de ese respeto de una provincia entera, porque es el Primado de ella, porque es Obispo de una Iglesia, y obispo quiere decir, un mortal que ha llegado á la más alta dignidad á que puede alcanzar el hombre, un príncipe cuya corona no ha sido forjada por hombres con metales sacados de las entrañas de la tierra, sino que ha bajado de los Cielos para que eternamente brille como un nimbo inmortal, pues el sacerdote lo será por toda una eternidad, segun la palabra santa: "*Sacerdos, sacerdos est in aeternum.*" Y ese príncipe espiritual cuya corona jamás caerá de sus ciénes, tendrá un imperio sin límites en el mundo de las almas en nombre de El que lo envia, porque todo lo sabe en Aquel que lo inspira y todo lo puede en Aquel que lo conforta.

No hay monarcas ni repúblicos, príncipes ni magistrados, que sean más amados y obedecidos que los obispos: este es el hecho que desde hace diez y nueve siglos está presenciando el mundo en la amplitud de su redondez, y es un hecho en sí mismo tan portentoso y trascendental, que no puede ménos de provocar las más serias meditaciones no sólo del cristiano sino del filósofo. ¿Qué secreto han encontrado los obispos cristianos para hacerse amar como no lo fueran nunca los héroes y los sábios del mundo? ¿Qué misteriosa virtud tienen para ser obedecidos, como lo fueran los reyes del antiguo Egipto y los sátrapas de Asiria en el esplendor de su despotismo, ni los Césares romanos en la doble demencia de su crueldad y su soberbia?

El cristiano es el hombre verdaderamente libre que existe sobre la tierra.

No exíjese de él obediencia contra razon, sino por el contrario, un obsequio razonable. No hay peligro en que meditando sobre las grandezas de la religion que profesa, su fé se enturbie, ni su caridad se amengüe, ántes bien, cavando en ellas como en veta inagotable y riquísima, más arraigará la una y más se encenderá la otra. Lícito será, pues, y saludable meditar unos momentos en comun y en voz alta, por qué los obispos cristianos, serán tan profundamente amados y tan incontrastable y voluntariamente obedecidos.

Un obispo católico es lo más grande que en lo humano puede concebirse, por la sublimidad indecible de su carácter y por la incomparable magnitud de su benéfica mision. *Los ángeles de las Iglesias* los llamaron durante muchos años en la antigüedad cristiana.

El sello más patente de la divinidad del cristianismo, es su sencillez misma á la par de su excelsa sublimidad. El reinado de Dios en el mundo, es decir, el reinado de la verdad y el bien en las almas por conviccion y por amor, eso es la Religion Cristiana. Nada puede concebirse más fácil y sencillo, y sin embargo, no ya el quererlo y el hacerlo, sino sólo el pensarlo, excedía los límites del pensamiento humano, como lo atestigua la historia de la misma humanidad durante el curso de los siglos. El pensamiento de la antigüedad toda, se hizo accion por decirlo así, en Sesostris, Ciro, Alejandro y en César, en quienes se personificaron el Egipto, Persia, Grecia y Roma, la antigüedad entera, con sus sentimientos y pasiones.

En más de cinco mil años el ideal de la antigüedad pagana, fué sojuzgar al mundo sujetando los cuerpos por la fuerza. No tuvieron otro fin las expediciones de Sesostris, los combates de Ciro, las batallas de Alejandro ni las guerras de César: un pueblo dominador y los otros dominados: un tirano é incontables esclavos; fué la única y constante aspiracion del paganismo. No desconocía la existencia del alma humana ni su inmortalidad, y sin embargo, nunca pen-

só la antigüedad en hacerla feliz, ni menos en dominarla por la persuacion y el amor. Y por increíble que parezca, el mundo moderno á medida que se aleja de la idea cristiana, torna á caer en el mismo olvido que el paganismo: no cree mas que en el poder del oro y de la fuerza, no quiere almas voluntariamente sumisas, sino cuerpos brutalmente esclavizados. Más de diez millones de hombres secuestrados al hogar, al trabajo y á la felicidad propia y ajena; armados de los más terribles instrumentos de muerte y desolacion y listos ya para despedazarse á la primera señal, es el tristísimo y horripilante espectáculo que ofrece por primera vez nuestro siglo para escándalo de la historia. Los de Atila, Genserico y Gengis Kan fueron siglos ménos sangrientos que el nuestro abierto por Bonaparte con torrentes de sangre humana y que Bismarck amenaza cerrar con espantosas hecatombes.

La idea de un reinado inmortal sobre las almas por amor y para la felicidad de ellas mismas, excede tan desmesuradamente al más alto vuelo del pensamiento humano. Y lo que la lógica demuestra, la historia con hechos lo confirma.

Henchido está de amor y sabiduría infinitos el plan divino en órden á la redencion humana. Para rehabilitar á la humanidad caída, antes que todo, necesario era reconciliarla con su Creador, mediante un sacrificio de valor inmenso, en que se adunaran la justicia sin límites y la misericordia sin término. El fruto de la redencion sería que Dios mismo alumbrase el entendimiento humano para que conociese la verdad, encendiese la voluntad del hombre para que amase el bien y le diese fuerza sobrenatural á sus desmayadas potencias, para que profesase la una y practicara el otro. Esto es en compendio el Cristianismo, esta fué la obra excelsa y sacrosanta de Nuestro Redentor. Pero su obra hubiera sido incompleta, si despues de haberse hecho Hombre Jesucristo, no hubiera proporcionado medio

al hombre de deificarse en El; y trunca hubiera quedado sino hubiera proveído-le de medios para que se eternizara, perpetuándose de generacion en generacion sobre la tierra, y yendo á rematar en los Cielos.

Si Jesucristo hubiera abandonado á solo los hombres su obra, en manos tan infieles, el sagrado depósito hubiera perecido, como se perdieron las tradiciones paradisiacas para la mayor parte del mundo, y como para muchas naciones se ha perdido la verdadera fé al desgarrarse la túnica inconsútil de la Iglesia. Para hacer tan eficaz como perdurable su obra de amor, Dios mismo se quedó por todos los siglos en medio de los hombres, real y verdaderamente, aunque velado por los misterios del más Augusto de los sacramentos. Si se hubiera quedado en cuerpo mortal como cuando vivió en la tierra, la ingratitude humana lo hubiera crucificado muchas veces, ó la vida social y política del mundo hubiera cambiado radicalmente, pues los elegidos se hubieran agrupado en torno suyo y para ellos el cielo hubiera comenzado desde la tierra. Al permanecer entre nosotros sacramentalmente, quedaron conciliados el amor y la sabiduría infinitos, en tan inefable como sublime manera. Jesucristo, pues, no solo espiritualmente infunde vida á la Iglesia, su mística esposa, sino que permanece en ella y permanecerá hasta la consumacion de los siglos real y verdaderamente, como una Víctima constante de propiciacion y como una fuente inagotable de amor, de la que manan todos los dones y gracias que santifican al mundo.

Habiendo, pues, descendido á la tierra para santificar á los hombres, y no debiendo permanecer entre ellos para siempre y visiblemente Jesucristo, su sabiduría dispuso, que los sacramentos que son los medios de la santificacion, fuesen dispensados por hombres y lo fuesen por signos visibles que comunicasen gracias invisibles.

Como por naturaleza los hombres nacieron para vivir en sociedad, natural e-

ra que tambien para su santificacion viviesen congregados en su tránsito sobre la tierra; pero ninguna sociedad humana es posible sin que unos manden y otros obedezcan, y ese es el doble fundamento de carácter y de jurisdiccion, en que reposa la incommovible jerarquía eclesiástica, sin la cual no habría Iglesia, y sin esta, tampoco frutos de la redencion para todas las generaciones humanas, hasta la consumacion de los siglos.

No bastaba, si la Iglesia habría de perpetuarse, que Dios en su misericordia hubiera otorgado á los hombres la facultad de derramar en la tierra los tesoros del Cielo, pues que á tanto equivale la de dispensar los sacramentos; sino que se necesitaba además, que les diese la inconcebible prerogativa de poder transmitir esa tan excelsa facultad á sus hermanos, y eso fué precisamente lo que hizo al instituir el Sacramento del Orden Sacerdotal, del que son los dispensadores los Obispos, en quienes reside la plenitud del sacerdocio, y á quienes con razon los primitivos cristianos en su santa simplicidad llamaron "místicos y espirituales engendrados de sacerdotes."

Con tan singular y maravillosa prerogativa, son los Obispos como la clave de ese inmenso edificio espiritual de almas humanas, que se endurece y purifica al fuego de la encendida hornaza del mundo, para brillar despues eternamente en la ciudad de Dios. Los sacerdotes son como los exploradores de las alturas, que constantemente están escalando el cielo para que á torrentes se derramen sobre la tierra las misericordias del Señor. Flor y primicias de la especie humana, son los sacerdotes como la legion célica encargada de retener á Dios entre los hombres, aprisionándolo con las redes que El mismo tejiese en su infinito amor. El sacerdocio es el cimiento inamovible en que descansa todo el edificio cristiano, y sin obispos no hubiera sacerdocio. ¿Qué juicio deberémos formar, pues, de la altísima dignidad de un Obispo? Si la fé no nos alumbrara, ilícito nos sería dudar en la presencia de un Obispo, si debiéramos tenerlo más

que por un humano, por un serafín difrazado de hombre, pues realmente aunque por naturaleza sea inferior, por gracia está elevado á más alta dignidad que el ángel mismo.

Si por su altísima dignidad no merece ser respetado y obedecido, ¿qué es lo que puede haber, entónces, digno de respeto y de obediencia sobre el haz de la tierra? Jesucristo mismo ha bajado del cielo y se ha hecho hombre, para decirnos: mis Apóstoles y sus sucesores quedan en mi lugar; y en prueba de su mision, me pongo Yo en sus manos con todos los tesoros de mi infinita ternura. ¿Qué embajadores mejores puede haber de Señor más bueno y poderoso? ¿Qué credenciales más auténticas que las de esos enviados del Rey Inmortal? Para los hombres de buena voluntad, las credenciales que todo Obispo trae del cielo, son más fulgentes que si estuvieran escritas con luz de estrellas y selladas con fuego del Sinaí.

Locura sería el creer que cuando los Obispos hablan es á ellos á quienes obedecemos. La verdadera fé, bien sabe al escuchar esa voz, reconocer en ella otro acento de dulzura incomparable, el mismo que hizo caer de hinojos á la Magdalena cuando llorando y pugnando por asirlo, solo le decía enagenada: Rabonni! Maestro! Abisma meditar en la altísima dignidad del carácter episcopal! Anonda el pensar que Dios haya extremado su bondad para con el hombre, hasta el punto, no sólo de prestar su voz á los obispos, sino que para enseñarnos á obedecerlos, haya comenzado por ponerse El mismo en sus manos.

Y tan digno de amor y de obediencia es un Obispo por la santidad de su carácter, como de profundo agradecimiento por la benéfica trascendencia de su mision sobre la tierra. De los múltiples deberes episcopales, tres son los más prominentes, ó más bien dicho, en tres de sus funciones se compendian y resúmen todos. Enseñar á su grey, rogar por ella y ampararla, son las tres funciones episcopales por excelencia: un Obispo por tanto, es un ser superior, cuya

vida está consagrada constantemente á orar, á pensar y á amar, las tres cosas más elevadas y más santas, que los hombres pueden hacer en la tierra y áun los ángeles mismos en el cielo.

La verdad es tan bella que si pudiéramos verla, decía Platon, quedaríamos enamorados de ella. Es un tesoro de tanto valor, que por alcanzar uno solo de sus destellos el mismo Platón iba hasta el fondo del Egipto, y Pitágoras á la Magna Grecia: Aristóteles sufría las veleidades de Alejandro, y Plinio se ahogaba por querer espiarla al borde de un cráter inflamado. Loores de eterno agradecimiento entona el muudo á los sabios, porque le han arrancado á la naturaleza alguno de sus secretos ó vislumbado alguna de sus misteriosas leyes. ¿Qué amor y gratitud merecerán los Obispos, que por deber y por conciencia, son los eternos guardadores de la verdad, y no de una verdad restringida y relativa, del órden natural y científico, sino de la Verdad Absoluta, á cuyos resplandores las generaciones todas deberán atravesar el tortuoso sendero de la vida humana para llegar á su inmortalidad dichosa?

Si los Obispos no estuvieran defendiendo constantemente á la verdad de los incesantes ataques del error, ya estarían hechas añicos la familia y la sociedad, y el mundo todo anegado en un nuevo diluvio de errores y demencias. Seríamos ya paganos con Juliano y blasfemos con Arrio. Los pelagianos nos hubieran hecho autómatas y los modernos filósofos reducido á la condicion de bestias. El comunismo nos hubiera dejado sin un pedazo de pan, el divorcio y el amor libre, sin familia, y la falsa libertad, sin accion ni palabra, sin pensamiento ni conciencia. Es tan estimable la verdad, que vale en sí más que todos los tesoros de la tierra; los bienes sensibles que proporciona, son nada en comparacion de los bienes invisibles que comunica. El que enseña una sola verdad, dá más que si diera oro y pedrerías: la dádiva del que nos inculca en la mente una sola idea verdadera, es más rica